



INCISO Y CONTANTE

ROBERTO CARRO FERNÁNDEZ
rocafe59@hotmail.com

UNA "CAJA NEGRA" CON 500.000 AÑOS DE ANTIGÜEDAD

Dicen que tendría unos treinta y cinco años. Compleción fuerte: anchos los hombros y una musculatura portentosa; lo que hace pensar que rondaría los cien kilos de peso y una estatura aproximada entre 175 y 180 cms. de longitud. Abundante vello corporal; poco agraciado si lo comparamos con los cánones de belleza actuales, pues su expresión era tosca, con anchos orificios nasales, carente de mentón y un hueso arqueado encima de los ojos que parecía un visera. Respecto de su vestimenta, iba acorde a las tendencias de la época; a saber: piel de oso, gato montés o comadreja, dependiendo de la temporada. Si hay que ubicarle geográficamente en algún lugar, apuntaremos –por poner que era burgalés, pues fijó la residencia de su clan familiar en la Sierra de Atapuerca, más concretamente en una zona escarpada que se llama la Gran Dolina. Su actividad diaria consistía en subsistir a base de recoger frutos silvestres y cazar, algo en apariencia sencillo que le provocaba no pocos quebraderos de cabeza y quién sabe si también el costo de su vida. En el escalafón de los homínidos fue el predecesor de los **neandertales** y se llamó **homo heidelbergensis**. En concreto a él lo llamaron **Miguelón** o, paleontológicamente hablando, **cráneo número 5**.

Estos son algunos de los detalles curiosos que **Ana Gracia o Juan Luis Arsuaga** cuentan acerca de este pariente nuestro, cuyos restos exhumados en la

conocida Sima de los Huesos, han contribuido a dar forma al árbol genealógico que constituye la raza humana. Y no cabe duda de que su labor investigadora, a parte de ser una magnífica contribución a sumar al esquema evolutivo, es en sí misma un auténtico trabajo criminalístico al más puro estilo policial.

A ello vamos. Resulta que *Miguelón* murió –no se ha definido con exactitud– a causa de un fuerte golpe en la cabeza que le pudo propinar otro homínido con una piedra de sílex, aunque también pudo fallecer por enfermedad. El caso es que analizando su arcada superior izquierda, se concretó que tenía una deformación mandibular importante que le pudo provocar infección dental y fuertes dolores. Claro que esto no es tan sencillo como encontrar un cráneo perfecto de formas anatómicas sobre el que leer relieves o hendiduras que den respuesta a toda una vida de acontecimientos, pues recordemos que los huesos de *Miguelón* son un auténtico rompecabezas que fue tomando forma a medida que se realizaban las excavaciones y se iban encontrando más restos. Pero sigamos con esa deformación mandibular.

También se halló un diente partido e infectado de este congénere; es decir, el golpe en la mandíbula rompe la pieza dental y expone la cavidad pulpar, desarrollando un proceso infeccioso que deriva en lo que en odontología se llama *septicemia*. Puede que esta infección bucal se generalizase y diese al traste con la vida de *Miguelón*; ya digo que no está claro. Fuera como fuese su muerte, el caso es que –vamos a lo que nos importa hoy– se halla un diente partido e infectado... ¡que tiene una antigüedad de quinientos mil

años; Con lo que la resistencia de las piezas dentales está garantizada, al menos, por este período de tiempo en unas condiciones óptimas que permiten “grabar” una serie de particularidades anatómicas y patológicas que coadyuvan a determinar las causas de la muerte cuando no la propia identificación. De donde se desprende que tienen unas ventajas específicas tales como la resistencia a los fenómenos de putrefacción y a otras agresiones como explosiones, incendios (soportan temperaturas de hasta 1100° C sin variaciones importantes), etc.; es decir, las arcadas dentarias se comportan como una auténtica *caja negra* donde se recogen los datos del devenir humano que aconteció, por ejemplo, hace medio millón de años.

Ahora, ya no es ningún secreto, estamos hablando de una de las técnicas aplicadas en **necroidentificación** que mejor soportan la adversidad y el paso del tiempo. Es la **odontología forense**: *el resultado positivo que surge de la comparación de los datos “post mortem”, extraídos del cadáver, con los “ante mortem” aportados por los odontólogos que los obtuvieron previamente del individuo.* Por razones obvias esto no se pudo hacer con nuestro protagonista, ya que, aunque se sabe que él y sus paisanos tenían un fuerte desgaste dental propiciado, seguramente, por la ingesta de frutos y vegetales sin cocinar, que usaban palillos y que –en contra de lo que podamos pensar– no tenían caries; éstos, no acudían al dentista con asiduidad, lo que imposibilitaba tener –como ocurre hoy– esa fuente de información para consulta de datos **ante mortem** en necroidentificación que se llaman **panografías dentales**, capaces de registrar datos desde la raíz de la pieza en cuestión,



hasta los empastes, extracciones, reconstrucciones, fundas, puentes, *giroversiones* (giros), *diastemas* (separaciones), *hipodoncia* (ausencia de pieza, no nacida), *hiperdoncia* (mayor número de dientes)..., que se pueden ubicar en cada una de las 32 piezas de que se compone la dentición permanente o adulta; 20 para la dentición de leche o decidua.

Para aumentar el factor estadístico de cara a la identificación, pensemos que cada una de estas alteraciones accidentales o debidas al uso, se pueden situar en cualquiera de las superficies dentarias (*distal, mesial, vestibular, ocluso/incisal, palatino, lingual*) de cada pieza dentaria; y que en las distintas abrasiones, caries y traumatismos, se pueden usar diferentes resinas, porcelanas y composites.

En definitiva, si con menos datos y tras el análisis de huesos en general con método científico, se ha conseguido “poner nombre” a aquel hombretón de aspecto rudo que un día habitó Atapuerca..., qué no se podrá hacer con toda una nueva descarga de información a la vuelta de otros quinientos mil años de nada. ■

“Las arcadas dentarias se comportan como una auténtica caja negra (...) Es una de las técnicas aplicadas en la necroidentificación: la odontología forense.”